

men. Continúa dedicándose a relacionar el duelo con los motivos que originaron la creación de los tribunales como medio de evitar aquéllos. Son de especial interés los capítulos dedicados a la época de la Restauración y las diferentes vicisitudes de los ejércitos ("Desastre de 1898", "Ley de Jurisdicciones", "Juntas de Defensa", "Africanistas"). Destacada relevancia tienen las páginas dedicadas a la obra de los oficiales de la Armada, Juan Blas Domínguez y José Manuel Gutiérrez de la Cámara, titulada *El Honor y sus Tribunales en los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire*, como principal tratado justificante de los anteriores, fruto del renacimiento espiritual iniciado con la Cruzada de 1936. Al final presenta unos interesantes apéndices con la reseña de toda la legislación sobre el tema desde 1867, dedicando dos a desarrollar especialmente los artículos especiales de los Códigos de Justicia Militar de 1890 y 1945.

En fin, un libro que contribuye, desde la reticencia del autor, al conocimiento de uno de los elementos imprescindibles para el mantenimiento de una "ortodoxia pública".

A. J.

**Federico Suárez: MANUEL AZAÑA  
Y LA GUERRA DE 1936 (\*)**

De nuevo en funciones de historiador, esta vez de sucesos cercanos y vividos por la generación de "los que hicimos la guerra", que es también la de Federico Suárez, nos entrega éste dos ensayos; ensamblados por su contemporaneidad en un solo volumen de la prestigiada Colección Vértice, de Rialp.

Sus temas son apasionantes; pues todavía hoy las versiones sobre Azaña y sobre la guerra de 1936-1939 que siguen siendo tan distintas y contrarias como la función entre "nacionales" y "rojos". Claro es que no se ha llegado, como entonces se llegó a

---

(\*) Ediciones Rialp, S. A., Madrid, 2000, 277 págs.

dirimir la diversidad con las armas en la mano. Hoy, la violencia armada y contraria al orden se sitúa de un solo lado: el no nacional o no español. Se trata, como anticipó hace años Álvaro d'Ors, de una "guerra unilateral" y "sin leyes de guerra".

Gran parte de los que participaron —y de los que participan— en el debate sosteniendo opiniones contrapuestas, fueron —y son— meros apologistas ideológicos. No tuvieron ni tienen en cuenta o, en su caso, olvidan, ocultan o falsean lo esencial para la verdad histórica: los hechos. La historia no se escribe con intenciones, sino con obras; los hechos son sus protagonistas. Así el autor, en el preámbulo de este libro nos dice: "Sería deseable que los historiadores nos decidiéramos a trabajar respetando en su desnudez los datos que proporcionan las fuentes, sin aferrarnos a nuestra opinión y teniendo la honradez de rectificar cuantas veces la crítica demuestre su inconsistencia. Y, sobre todo, a no erigirnos en jueces de vivos y muertos".

En efecto, así como en tiempos de la Conquista decían los mensajeros indígenas "¡cartas cantan!", así en todo tiempo y en la historia, "¡hechos cantan!". Tal debe ser la constante del verdadero historiador, tal es la del libro aquí recensionado. Sobre una "base de datos", como hoy se dice, o fuentes, Suárez coloca en su lugar propio los hechos, tan distintos casi siempre a las palabras, del segundo Presidente de la II República, tan admirado hoy por algunos de los herederos de los que le consideraron como figura siniestra en la historia de España.

Utilizando casi exclusivamente biografías de Azaña, así como los escritos de éste, vemos reflejados en los primeros capítulos los años de desorientación, los de estabilidad y, en fin, la formación del carácter de la persona; un carácter, según los panegiristas, "duro", "adusto", "inflexible y desdenguado", con un "gran orgullo intelectual que le llevó a destacar, en casi toda ocasión y en casi todos sus escritos, las carencias y defectos de los demás".

Ya metido en política, Azaña no cambió, ni tampoco cuando alcanzó el poder: Ministro de la Guerra y Presidente del Gobierno desdenguaba a todos sus compañeros. Las manifestaciones alcanzan una mayoría absoluta: las de Madariaga y Ortega y Gasset, Alcalá Zamora y Prieto si admiraron los discursos de

Azaña aborrecieron su personalidad, achacándole además de los calificativos citados, los de "cobarde".

Republicano y revolucionario en sus discursos, nunca arriesgó nada para respaldarlos con hechos. Los gobiernos en los que intervino y los que presidió y su actuación contra los gobiernos en los que no estuvo, fue la causa, y no menor, de la ingobernabilidad de España en los años 1931 a 1936.

Elevado a la presidencia de la República, en una especie de golpe de Estado de salón, no fue capaz de evitar la guerra, pero tuvo que presidirla, designando sucesivamente a los gobiernos, cada vez más cercanos al comunismo hasta el que presidió Negrín, ya una cabeza de puente de la URSS en España.

Y todo esto viéndolo, criticándolo, echando sobre otros responsabilidades que eran suyas y que nunca reconoció en sus "Memorias"; magistralmente escritas. Sólo mostró una entereza de la que careció desde que fue elegido Presidente de República (mayo de 1936), cuando al finalizar la guerra, se plantó con Negrín y se negó ir a la Zona Centro: "Si cruzo la frontera —dijo—, no se puede contar conmigo para nada, como no sea por hacer la paz. De ningún modo, y en ningún caso para volver a España. No vuelvo a España". El domingo 5 de febrero de 1939 salió hacia Francia y, como había asegurado, nunca volvió.

El último capítulo del ensayo sobre Azaña, primera parte del libro de Suárez, no sólo es apasionante, sino emocionante. Trata, son datos conocidos pero casi nunca mencionados en las biografías, de la conversión, del recobro de una fe que Azaña perdió —según testimonio propio— a los dieciocho años. No testimonió en cambio el proceso de su conversión. Por ello, hay que conjeturar en base a textos de las "Memorias" que fue paulatino: las humillaciones que sufrió, el abandono de los políticos que tanto le ensalzaron contribuyó, sin duda, a plegar el orgullo y la soberbia de una persona que abundó en ellos. En todo caso los hechos fueron éstos, según las fuentes utilizadas por Suárez, procedentes de testimonios de la viuda de Azaña, y Monseñor Theás, obispo de Montauban: al deseo de recibir la visita del obispo, éste acudió al Hotel du Midi donde residía Azaña ("noche del 3 de noviembre, a las 23 horas). "Delante de los médicos españo-

les y de antiguos colaboradores, delante de la señora de Azaña le di la Extremaunción y la indulgencia plenaria al moribundo, en plena lucidez. Después, con sus manos en las mías, mientras le sugería algunas piadosas invocaciones, el presidente expiró dulcemente en el amor de Dios y en la esperanza de su visión" (Relato de Mons. Theás en el *Boletín* mensual del decanato de Luz Saint-Sauver, Hautes Pyrincés, enero-febrero 1953).

Este episodio, negado por algunos biógrafos, olvidado por casi todos —no por TV, "rara avis", que lo recordó en sus programas sobre Azaña— demuestra cómo aquél "gran soberbio que aparece en sus juicios sobre los demás (curiosamente hasta en la intimidad de sus "Memorias" respetó a Franco) se convirtió en un hombre humilde que reconoce su desamparo". Y —termina Suárez— "sin duda, las tres palabras —*Jesús, piedad, perdón*—, que pronunció en la intimidad de una humilde habitación de un hotel de segunda categoría, ante un sacerdote, le acarrearón más gloria que aquellos otros tres —*paz, piedad, perdón*— con que terminó un discurso, cara al público, cuando tenían la guerra prácticamente perdida".

La segunda parte del libro, "La guerra de 1936", reproduce, en parte, los trabajos de Suárez publicados en *Razón Española*, en 1986. No han perdido actualidad, puesto que también en este punto las opiniones continúan siendo polémicas. Y no parecen que vaya a cambiar, aunque hoy se note en los escritos de algunos autores, antes marxistas o separatistas (Pío Moa y Jon Juaristi, por ejemplo), una conversión que les lleva si no a legitimar el alzamiento sí a comprender las razones que llevaron a la mitad de los españoles a sumarse a él, y a imponer la violencia del orden. "Guerra contra la religión, este es el verdadero centro del problema". Así definió H. Belloc el carácter de la guerra de España. "Cruzada", no solo guerra civil, pues la motivación religiosa, de defensa de la fe cristiana contra las fuerzas que pretendían destruirla fue la fundamental; y no negada por los españoles ni por los extranjeros. Los testimonios que aporta Suárez van desde la "Carta Colectiva" del episcopado, a las declaraciones de Andrés Nin, jefe del POUM, y José Díaz, secretario General del PC español; desde Sir Arnold Lunn a Koestler y Hugh Tomas, sin

olvidar a Orwell, Peter Kemp; ni tampoco la polémica epistolar "Aguirre *versus* Gomá", demostrativa de cómo el PNV a cambio de la prometida autonomía separatista de "Euskadi" no atendió a las razones de que "se iba por los sin-Dios a la destrucción de la Iglesia de España, no por azar o impulso descontrolado sino de propósito y con intención".

Tres capítulos sobre las "causas de la guerra". En ellos se recogen datos y testimonios de entonces; algunos —como los de José Plá en su "Historia de la República española", trabajo eliminado de sus *Obras completas*— día a día. Demuestran cómo la anarquía reinaba en España y cómo los que se alzaron para recoger un poder que estaba en la calle dijeron la verdad. La existencia, en junio de 1936, de algo más que un proyecto marxista-revolucionario, con levantamiento simultáneo en Francia y en España, viene avalada por los recientes trabajos de Bartou y de Fernando y Salvador Moreno. Sumados los datos de éstos o los recogidos en las palabras y escritos de políticos tales como Largo Caballero, Araquistain, la Pasionaria y Besteiro, hacen muy verosímil lo expuesto. Sin contar, además, el hecho ciertísimo de la Revolución de octubre de 1934 antecedente indudable y primer capítulo de la guerra civil.

A la pregunta sobre la licitud o ilicitud de la guerra del 36-39 respondió contundentemente el dictamen de los juristas incluido en la "Causa General": "En el sentido jurídico penal del término el calificativo de rebelde no podía aplicarse a los que se alzaron el 18 de julio". Si la pregunta sigue hoy haciéndose no es por otra razón que la derivada de la propia guerra española; una guerra entre defensores y adversarios de la religión cristiana. Por eso continúa apasionando tanto.

La producción bibliográfica sobre la guerra del 36, abundantísima, es de un valor desigual. Ante tal cúmulo de libros pueden adoptarse dos actitudes: valorar como fuentes indispensables los relatos de protagonistas y testigos, así como los que son resultado de una seria investigación; y considerar inútiles los de mera referencia o mera divulgación.

Abundan los ejemplos. F. Suárez analiza algunas muestras. Así, los trabajos de Bolloten (*El gran engaño*), Jesús Salas Larra-

zabal (*Guernica*), Olayo Morales (*La gran estafa*), Luis Suárez (*Francisco Franco y su tiempo*), ejemplos todos ellos de verdadera investigación histórica; y los de Tusell (*La guerra civil*), Preston (*Franco, caudillo de España*), Koltzov (*Diario de la guerra de España*) repletos de torcidas interpretaciones. A estos últimos, y a muchos otros como estos, se les puede aplicar el análisis que García Escudero hizo del clásico libro de Hugh Thomas sobre la guerra y el de Ramón Támenes (*La era de Franco*): "Serían necesarias muchas páginas para señalar errores y afirmaciones gratuitas".

Y es que hay muchas "historias" que falseando palabras ignoran los hechos.

JAVIER NAGORE YÁRNOZ

### **Ángel Fernández Collado: OBISPOS DE LA PROVINCIA DE TOLEDO, 1500-2000 (\*)**

Ángel Fernández Collado, profesor de Historia de la Iglesia en el Seminario Conciliar de Toledo, ha escrito un libro interesante, aunque adscribir los obispos a sus provincias de origen, en vez de a las diócesis que rigieron, es un criterio, ciertamente legítimo, pero de menos utilidad historiográfica.

Las biografías de los obispos de una diócesis son imprescindibles para el conocimiento de la historia de ésta. Las de los que han nacido en la provincia de Toledo apenas sirven para satisfacer la vanidad de los toledanos, o la decepción de los mismos, al conocer las carreras, más o menos brillantes, de algunos de los hijos de aquella tierra. Que, además, marcharon fuera y dejaron constancia de su valía en otros lugares. Para Toledo fueron importantes, en estos quinientos años, Cisneros, Fonseca, Tavera, Martínez Silíceo, Carranza, Quiroga, Loaysa, Sandoval, Moscoso,

(\*) Estudio Teológico de San Ildefonso, Toledo, 2000, 205 págs.